

HQN™

MEGAN HART

Viaje al pasado



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2011 Megan Hart

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Viaje al pasado, n.º 62 - julio 2014

Título original: Collide

Publicada originalmente por Spice

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4586-2

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Como no podía ser de otra manera, *Viaje al pasado* es una novela llena de erotismo y sensualidad, pero, en esta ocasión, Megan Hart ha introducido un elemento de misterio paranormal que atrapa al lector desde el principio hasta el final del libro.

El amor es una conexión entre dos personas, y nuestra protagonista, Emm, está fuertemente unida a Johnny, un actor porno de los años setenta. Por eso se desliza en el tiempo para disfrutar de un sexo explosivo con él, y, aunque estos episodios la debilitan cada vez más, es incapaz de detenerlos. Si tuviera que elegir entre el placer y la vida, elegiría sin duda el placer que le proporciona Johnny.

Una historia diferente y original que queremos recomendar encarecidamente a nuestros lectores.

Feliz y apasionada lectura.

Los editores

Gracias por los maratones de programas nocturnos en directo y la mutua apreciación de todas esas cosas que nos convierten en un par de entregadas admiradoras.

Para DPF, por aguantarme.

Y, por supuesto, para Joe. Sin ti, este libro no existiría.

Capítulo 1

Naranjas.

El olor a naranja fluyó hacia mí. Apoyé la mano en el respaldo de la silla que tenía más cerca y busqué una cesta de fruta en el mostrador. Algo, cualquier cosa que pudiera justificar un olor que estaba tan fuera de lugar en aquella cafetería como un traje de Santa Claus sobre la arena de la playa. No vi nada que pudiera explicar aquel olor y respiré hondo. Había aprendido mucho tiempo atrás que no tenía sentido intentar contener la respiración o taparme la nariz. Era preferible respirar. Acabar con ello cuanto antes.

El olor desapareció rápidamente con un par de parpadeos para ser reemplazado por el olor más fuerte del café y los dulces. Había tensado la mano sobre el respaldo de la silla, pero ni siquiera me hizo falta aquel apoyo. Recobré la compostura antes de soltar la silla y me dirigí hacia el mostrador para buscar el azúcar y la crema para el café.

Habían pasado casi dos años desde que había sufrido mi último desvanecimiento, mi última fuga. Había sido igualmente comedia, pero el hecho de que la más reciente apenas hubiera durado un parpadeo no me servía de consuelo. En otras épocas de mi vida, aquellos momentos de amnesia habían sido tan fuertes y frecuentes que me impedían llevar una vida normal. Era demasiado esperar que pudieran desaparecer para siempre, pero lo que no quería era volver al pasado.

–¡Eh, chica! ¡Eh! –me llamó Jen desde la mesa que acababa de encontrar justo detrás de la puerta del Mocha. Me hizo un gesto con la mano—. ¡Aquí!

Yo también le hice un gesto con la mano, añadí azúcar y crema al café y fui zigzagueando entre las sillas y las mesas hasta llegar a donde estaba Jen.

–¡Hola! –la saludé.

–¡Oh! ¿Qué te has pedido?

Jen se inclinó hacia delante para inspeccionar el interior de mi taza, como si de esa forma pudiera tener alguna idea de lo que contenía. Olfateó con fuerza.

–¿Chocolate Alemán?

–Casi.

–Delicia de Chocolate –mencioné uno de los dos cafés destacados del día–. Con un poco de jarabe de vainilla.

–Mm, suena bien. Voy a buscar el mío. ¡Eh! ¿Y qué te has pedido de comer?

–Una magdalena de mantequilla. Debería haberla pedido de chocolate, pero he pensado que sería demasiado chocolate –le enseñé el plato con la magdalena.

–¿Demasiado chocolate? Como si eso fuera posible.

Removí el café para distribuir el jarabe de vainilla, la ración extra de azúcar y la crema y bebí un sorbo, disfrutando de aquella extremada dulzura que pocos apreciarían. Jen tenía razón. Debería haber pedido la magdalena de chocolate.

Jen eligió el peor momento para ir a pedir. Había comenzado la hora punta de la mañana. Los clientes hacían cola en filas de a cuatro hasta la puerta de la entrada. Jen me miró enfadada y se encogió de hombros. Lo único que pude hacer por ella fue sonreír y mirarla con compasión.

Cuando yo había entrado, la cafetería estaba prácticamente vacía. Los clientes que se veían obligados a esperar habían empezado a apropiarse de las mesas mientras esperaban su turno. Saludé a Carlos, que estaba sentado en una esquina, pero llevaba puestos los cascos y tenía el portátil encendido. Carlos estaba escribiendo una novela. Antes de ir a trabajar, se sentaba en el Mocha de diez a once de la

mañana y los sábados como aquel, a veces se quedaba unas horas más.

Lisa, con una abultada mochila llena de libros de texto a la espalda, ocupó una mesa situada a varios asientos de distancia y me saludó sin fijarse en los gestos que me hacía Jen para obligarme a ignorarla. Lisa vendía productos de la firma *Spicefully Tasty* para pagarse la carrera de Derecho y aunque a mí nunca me habían molestado sus peroratas de vendedora, Jen no las soportaba. Sin embargo, aquel día Lisa parecía ocupada. Se concentró en colocar los libros y la libreta e incluso abrió el bolígrafo mientras se quitaba el abrigo.

Jen y yo éramos clientes habituales del Mocha. Para nosotras era como una especie de club. Quedábamos allí por las mañanas antes de ir al trabajo, por las tardes antes de volver a casa y durante los fines de semana con los ojos todavía medio cerrados por culpa de la noche del viernes. El Mocha era una de las mejores cosas que tenía el vivir en este barrio y aunque yo solo llevaba varios meses formando parte de aquel club, lo adoraba.

Para cuando Jen llegó a nuestra mesa con una taza de algo que olía a chocolate y menta y con algo rezumante y pegajoso en su plato, la gente parecía haberse tranquilizado. Los clientes habituales habían ocupado sus sitios de siempre y aquellos que pasaban únicamente para comprar algo que llevarse, se habían marchado. En ese momento, el Mocha estaba lleno y vibrando con el murmullo de las conversaciones y el teclear de los ordenadores de la gente que aprovechaba el hecho de que fuera un espacio con Wi-Fi gratuita. Me gustaba aquel murmullo. Me hacía ser más consciente de que estaba allí en aquel preciso momento. Viviendo el presente.

—¿No ha intentado venderte una especie de crema de queso para untar? A lo mejor es que ha entendido la indirecta —Jen me ofreció un tenedor y aunque yo quería resis-

tirme, no pude evitar probar aquel pedacito de bizcocho de chocolate.

–En realidad, a mí me gustan los productos de Spicefully Tasty –comenté.

–¡Bah! –Jen se echó a reír–. Venga, hombre.

–No, lo digo en serio –insistí–. Son caros, pero muy útiles. Y si cocinara de verdad, lo serían más.

–Estás de broma. Por todo el dinero que cuesta un puñado de especias, puedo comprar cuatro veces más en cualquier tienda de todo a un dólar y mezclarlas yo misma. No es que lo haya hecho, pero podría.

–A lo mejor le compro algo el mes que viene –comencé a beber más rápidamente el café que ya estaba enfriándose, saboreando la intensidad de la crema–. En cuanto haya pagado algunas facturas.

–Seguro que encuentras mejores cosas en las que... ¡Oh, qué guapo! ¡Por fin aparece! –Jen fue bajando la voz hasta convertirla en un susurro.

Me volví para ver hacia dónde estaba mirando y vislumbré apenas un abrigo negro y una bufanda de rayas negras y rojas. El hombre al que Jen se refería llevaba un periódico bajo el brazo, lo cual, en una época de smartphones y webs resultaba suficientemente extraño como para obligarme a mirarle dos veces. Le dijo algo a la chica de la máquina registradora, que parecía conocerle, y se acercó con la taza vacía hacia el largo mostrador en el que estaban las jarras de café para que la gente repitiera a su antojo.

De perfil, era maravilloso. Tenía el pelo rubio y revuelto, una nariz pronunciada que, sin embargo, no resultaba exagerada, y arrugas alrededor de unos ojos que, aunque no podía verlos, sospechaba que eran azules. Los labios, apretados en aquel momento en un gesto de concentración mientras se servía el café y añadía crema y azúcar, eran suficientemente llenos sin ser demasiado exuberantes.

–¿Quién es? –pregunté.

–¡Pero bueno! –exclamó Jen en un susurro–. ¿No lo sabes?

–Si lo supiera, no lo preguntaría.

El hombre del abrigo pasó suficientemente cerca de nosotras como para que pudiera percibir su fragancia.

Naranjas.

Cerré los ojos ante aquella segunda vaharada de perfume. El sabor del café era tan fuerte que debería haber bloqueado cualquier otro aroma, pero no fue así. Percibía el olor del café y del chocolate, pero también el de las naranjas. Una vez más, incliné la cabeza y presioné con los dedos ese punto mágico que tengo entre los ojos y que tan bien funciona para el dolor de cabeza, aunque no sirva de nada cuando tengo una fuga.

Pero no comenzaron a girar espirales de colores en mi línea de visión cuando abrió los ojos, y el olor a naranjas fue evaporándose a medida que aquel hombre se alejaba. Le vi sentarse en una mesa alejada de la nuestra. Desdobló el periódico, lo extendió sobre una pequeña mesa para dos, dejó la taza en la mesa y se quitó el abrigo.

–¿Estás bien? –Jen se inclinó hacia delante para entrar en mi línea de visión–. Ya sé que está muy bueno y todo eso, pero maldita sea, Emm, parece como si estuvieras a punto de desmayarte.

–Es el síndrome premenstrual. Siempre estoy un poco atontada en esta época del mes.

Jen frunció el ceño con expresión escéptica.

–Sí, qué rollo.

–Y que lo digas –sonreí para demostrarle que estaba bien y, gracias a Dios, lo estaba.

No había el menor síntoma de que aquel fuera el principio de uno de aquellos episodios que había sufrido en otras ocasiones. Olía a naranjas porque aquel hombre olía a naranjas, no porque ninguna lesión estuviera activando mi cerebro.

–De todas formas, ¿quién es ese hombre?

–Es Johnny Dellasandro.

Mi expresión debió de ser de absoluto desconocimiento, porque Jen se echó a reír.

–¿*Basura*? ¿*La piel*? ¿*El convento embrujado*? Vamos, ¿ni siquiera esas películas te suenan?

Negué con la cabeza.

–¿Eh?

–¡Pero bueno, muchacha! ¿Tú dónde has estado viviendo? Las han puesto muchas veces en esos programas nocturnos como *Después de la medianoche*. Eran un clásico en las fiestas de pijamas.

A mi madre siempre le había dado miedo que pasara la noche en otras casas. Me habían dejado salir de fiesta siempre que le permitiera ir a recogerme a la hora de irme a la cama. Pero había celebrado fiestas de pijamas en mi propia casa.

–Sí, claro que me acuerdo de las películas. Pero eso fue hace mucho tiempo.

–¿*Espacios en blanco*?

Esa me sonaba más, pero no mucho. Me encogí de hombros y volví a mirar al hombre en cuestión.

–En mi vida he oído hablar de esa película.

Jen suspiró y le miró por encima del hombro. Después, se inclinó hacia delante, bajó la voz y me hizo un gesto para que me acercara a ella.

—¿Tampoco conoces a Johnny Dellasandro como pintor? *Espacios en blanco* es una serie de retratos que llegaron a ser muy famosos en los años ochenta. Es como la *Mona Lisa* de la época de Andy Warhol.

Yo habría podido reconocer un cuadro de Warhol en un museo si apareciera junto un Van Gogh, un Dalí o un Matisse, pero más allá de eso...

—¿Te refieres a ese tipo que pintó las latas de sopa? ¿El del retrato de Marilyn Monroe?

—Sí, ese era Warhol. El trabajo de Dellasandro no era tan kitsch como el de Warhol. *Espacios en blanco* fue su primera obra de éxito.

—Has dicho «era». ¿Es que ya no se dedica a la pintura?

Jen se inclinó un poco más y yo la imité.

—Bueno, ahora tiene una galería en Front Street. Se llama The Tin Angel, ¿la conoces?

—He pasado por allí, sí, pero nunca he entrado.

—La galería es suya. Él continúa pintando y allí exponen muchos artistas locales también.

Señaló alrededor del Mocha, repleto de obras de artistas locales, entre ellas, algunas fotografías de la propia Jen.

—Y mejores que estos. De vez en cuando expone algún artista famoso. Pero él mantiene un muy bajo perfil, por lo menos cuando está por aquí. Y supongo que no puedo culparle.

—No —le estudié con atención. Pasaba las páginas del periódico tan lentamente que daba la sensación de estar leyendo hasta la última palabra—. Me pregunto cómo debe de ser.

—¿El qué?

—Eso de ser famoso y después... dejar de serlo.

–Continúa siendo famoso, aunque no de la misma manera. Me parece increíble que nunca hayas oído hablar de él. Vive en esa casa de ladrillo rojo que hay al final de la calle, por cierto.

Desvié la mirada de Johnny Dellasandro y miré a mi amiga.

–¿En cual?

–En la única que hay –Jen elevó los ojos al cielo–. En esa tan bonita.

–¡Oh, mierda! ¿De verdad? Vaya –volví a mirarle otra vez.

Yo también había comprado una de esas casas de ladrillo rojo. La mía estaba situada en Second Street, y aunque había sido rehabilitada por su propietario anterior, todavía necesitaba mucho trabajo. La casa de la que mi amiga estaba hablando era maravillosa. El ladrillo había sido completamente restaurado, habían puesto canalones de bronce y tenía un jardín rodeado de setos.

–¿Esa es su casa?

–Prácticamente sois vecinos. No me puedo creer que no lo supieras.

–¡Pero si ni siquiera sé quién es! –contesté, aunque después de estar hablando de ello, lo de *Espacios en blanco* me resultaba más familiar–. Y no creo que el agente que me vendió la casa lo mencionara como uno de los atractivos del barrio.

Jen se echó a reír.

–Probablemente no. Es un hombre muy reservado. Viene mucho por aquí, aunque últimamente no le había visto. No habla mucho y siempre va solo.

Bebí el café que me quedaba y consideré la posibilidad de levantarme y aprovechar la posibilidad de rellenar la taza cuantas veces quisiera. De esa forma tendría que pasar

justo por delante de él y, al volver, podría verle del todo la cara. Jen pareció leerme el pensamiento.

–Merece la pena verle de cerca –me dijo–. Todas las chicas que venimos por aquí hemos pasado por delante de él varias veces. Y también Carlos. En realidad, creo que Carlos es el único con el que ha hablado.

Me eché a reír.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Le gustan los chicos?

–¿A quién? ¿A Carlos?

Yo estaba convencida de que Carlos era heterosexual, al menos al juzgar por la manera en la que examinaba el trasero de todas y cada una de las mujeres que veía cuando pensaba que nadie le estaba mirando.

–No, Dellasandro.

–¡Pero chica! –volvió a decir Jen.

Me gustaba que me hablara con tanta familiaridad, como si fuéramos amigas desde hacía mucho tiempo y no solo desde hacía un par de meses. Me había resultado difícil trasladarme a vivir a Harrisburg. Un trabajo nuevo, una nueva casa, una nueva vida... Se suponía que había dejado el pasado atrás, pero nunca terminaba de alejarse una del todo. Jen era una de las primeras personas que había conocido en Harrisburg, en el Mocha, y nos habíamos hecho amigas casi inmediatamente.

–¿Sí? –volví a mirarle con atención.

Dellasandro estaba humedeciéndose el dedo índice antes de pasar la siguiente hoja del periódico. No tendría por qué haberme parecido un gesto tan sexy. Estaba dejando que la opinión de Jen influyera en la impresión que aquel hombre tenía en mí, que había sido demasiado breve como para resultar tan intensa. Al fin y al cabo, apenas le había visto la cara y llevaba mirándole la espalda cerca de quince minutos.

–Tienes que ver todas sus películas. Así entenderás lo que quiero decir. Johnny Dellasandro es como... como una leyenda.

–No creo que sea una leyenda si nunca había oído hablar de él.

–De acuerdo –se corrigió Jen–. Una leyenda en determinados círculos. En círculos artísticos sobre todo.

–Supongo que no soy suficientemente artística –me eché a reír sin sentirme en absoluto ofendida.

Había estado varias veces en el Museo de Arte Moderno de Nueva York y, desde luego, no me consideraba la clase de público al que iban dirigidas las obras que allí se exponían.

–Pues es una pena, una verdadera pena. De verdad, estoy segura de que el haber visto las películas de Johnny Dellasandro ha arruinado para siempre la posibilidad de que me gusten los chicos normales.

–No creo que eso sea precisamente un cumplido –le dije–. Sobre todo en el caso de que hubiera algo que pudiera llamarse un «chico normal», cosa que, francamente, estoy empezando a dudar.

Jen soltó una carcajada y volvió a atacar su bizcocho de chocolate tras mirar una vez más por encima del hombro. Levantó el tenedor cargado de chocolate y señaló en mi dirección.

–Pásate esta noche por mi casa. Tengo la última selección de DVDs de sus películas, además de las películas anteriores. Y las que no tenga, las podemos bajar de Interflix.

–¡Genial!

Jen sonrió y mordisqueó un trozo del bizcocho del tenedor.

–Emm, voy a darte a conocer algo verdaderamente bueno.